



## “La mandé hacer blanca y celeste...”

Miguel Ángel De Marco (\*)

La Capilla del Rosario, que había adherido con entusiasmo a la instauración del Primer Gobierno Patrio en 1810, se vio pronto convertida en centro de la actividad militar, como consecuencia de su privilegiada ubicación geográfica. Dice Juan Álvarez en su clásica *Historia de Rosario*<sup>1</sup>, que desde principios de 1811 hasta el 3 de febrero de 1813, fecha del combate de San Lorenzo, la costa rosarina fue uno de los campos de batalla en que se desarrolló la guerra de la Independencia. Y agrega que las tropas enviadas a luchar contra Montevideo (vía Santa Fe - Paraná -

Paso de Vera-Paisandú), pasaban por la Capilla, y que ese tránsito trajo aparejadas contribuciones de reclutas y suministro de caballos o reses, las cuales, unidas a las alarmas y pérdidas de vidas motivaron empobrecimiento y despoblación.

### LAS PRIMERAS BATERÍAS DE ROSARIO (1811)

Montevideo era el último bastión realista en el Río de la Plata. Detrás de sus murallas se encontraban, sometidos a la constante vigilancia de los marinos que guarnecían el Apostadero Naval,

no sólo los partidarios de Fernando VII sino los afectos a la Revolución, quienes esperaban que el sitio terrestre fuera exitoso y permitiera un drástico cambio de situación. Ello porque la presencia de buques de guerra españoles de elevado porte y aceptable capacidad combativa tornaba imposible dominar las aguas. La derrota de la primera escuadrilla patriota al mando de Juan Bautista Azopardo, frente a San Nicolás, el 2 de marzo de 1811, había borrado toda esperanza<sup>2</sup>. Por otra parte, las naves españolas proveían a la ciudad de víveres que obtenían de las incursiones ribereñas por

(\*) Doctor en Historia. Presidente de la Academia Nacional de la Historia. Ciudadano ilustre de Rosario.

(1) Buenos Aires, [Imprenta López], 1943, p. 195.

(2) Teodoro Caillet-Bois, Historia naval argentina, Buenos Aires, Emecé, 1944, pp. 52-54.

el Paraná, a la vez que garantizaban el arribo de barcos desde otros destinos. En pocas palabras, lo había sintetizado un comerciante peninsular en carta a su hijo residente en España: “siendo dueños de la mar, nada nos puede faltar y sin carne fresca podremos pasar y mantenernos gordos y sanos”<sup>3</sup>.

El gobierno central decidió contener a los buques españoles con los fuegos de una batería ubicada en la margen derecha del Paraná, impidiéndoles subir hasta Santa Fe. Con ese fin, el piloto José de la Peña midió el río en su parte más estrecha. Frente al caserío alcanzaba unas ochocientas cincuenta varas contadas desde la tierra firme hasta el punto por donde tenían que pasar necesariamente los españoles, por más que se recostasen todo lo posible sobre la isla del frente. Esto lo informó a la Junta don Hipólito Vieytes, quien señaló además que, considerada la cuestión con el diputado Francisco Tarragona, que marchaba hacia Santa Fe en compañía del capitán oriental José Artigas, se había decidido iniciar los trabajos con los materiales logrados por el cura doctor Julián Navarro entre el vecindario. Hacían falta clavos y cañones; por lo demás, debían proveerse cien infantes y artilleros para agregarlos a los cincuenta milicianos, dispuestos, según nota de Tarragona al gobierno, “a derramar hasta la última gota de su sangre en defensa del gobierno patrio”<sup>4</sup>.

Cada cual donó lo que pudo para la construcción de la batería: palmas para cumbreras, horcones de ñandubay, estacas y tijeras de sauce, tablas de lapacho y otras maderas, ladrillos “y cuanto cascote fuere preciso”. El carpintero Félix Reinoso trabajó gratuitamente, facilitando además su casa como depósito y regalando veinticinco tijeras para los galpones. Marcos Loaces aportó la “vigilancia, transporte y acopio de los materiales y porque no anduvieran los peones con demoras, era él el que más trabajaba, estando enfermo y perdiendo las comodidades de su casa”. El cura Navarro



ofreció las herramientas necesarias, y hasta el español Pedro Tuella, deseoso de congraciarse con las nuevas autoridades, regaló trozos de lapacho para la tablación de las explanadas.

Una decisión del gobierno cortó de cuajo el entusiasmo del vecindario. Sin que nada lo justificara, las autoridades de Buenos Aires dispusieron el remate de los materiales cuando ya se había construido un galpón de veinticinco varas por seis, con techo de paja; otro de seis por seis, de maderamen y techo de cuero, amén de puertas, ventanas, tablación recia para asiento de las cureñas, etcétera. Sólo habían gastado de las cajas fiscales 154 pesos y 7 ½ reales, suma que se quiso recuperar mediante un remate que no tuvo postores. A raíz

de ello se mandó conservar hasta nueva orden los materiales.

La Junta Grande parecía ignorar los peligros que ofrecía el Paraná, abierto a las incursiones de las naves españolas de Montevideo, a pesar de los continuos partes del alcalde Manuel Vidal y del capitán Cardoso, cuyos milicianos recorrían constantemente la costa desde Rosario a San Nicolás, en previsión de desembarcos que, de todos modos, no podían impedir con sus seis carabinas, cuatro fusiles y siete pistolas prácticamente sin proyectiles.

En los últimos días de abril de 1811, la escuadrilla realista saqueó Zárate y Las Palmas, y pasó sin riesgo alguno frente a la Capilla el 27 de ese mes. En

(3) Miguel Ángel De Marco, *La historia contemplada desde el río. Presencia naval española en el Plata, 1776-1900*, Buenos Aires, Librería Histórica-Educa, 2007, p. 130.

(4) Álvarez, op. cit., p. 196.



mayo, engrosada por buques mercantes apresados sin dificultad, cortó las comunicaciones entre Santa Fe y La Bajada y dominó todo el Paraná. En Corrientes, los paraguayos, aliados a los españoles de Montevideo, se mantuvieron con impunidad por algunos días.

El abandono del gobierno central no arredró a los rosarinos, que siguieron efectuando donaciones para armar a las milicias de la patria. Tampoco los desanimó el peligro de un probable ataque del bergantín Aranzazú, tripulado por ochenta veteranos y doce cañones, y de otras cinco naves dependientes del Apostadero de Montevideo, cuyo comandante; el brigadier José María Salazar, trabajaba con tesón para devolver al rey todo el Virreinato del Río de la Plata. El 10 de julio, ante la perspectiva de un desembarco, fueron alejados de la costa el trigo, las haciendas y demás víveres disponibles. A la vez, los milicianos de Rosario, a cuyo frente estaban Moreno y Cardoso, se dispusieron a repeler has agresiones junto con ciento treinta paisanos venidos de San Nicolás. Los patriotas

tomaron prisioneros a cuatro tripulantes españoles y se tirotearon con los buques enemigos, sin tener en cuenta que éstos respondían con cañonazos al fuego de sus mosquetones y pistolas.

El mes de julio transcurrió entre alarmas y trabajo. A mediados de agosto, pasaron por la Capilla, rumbo al Paraguay, el coronel Manuel Belgrano y el doctor Vicente Anastasio Echevarría, único hijo de Rosario que participó directamente en los sucesos de Mayo en Buenos Aires. Lograrían la paz, aventando de ese modo el peligro de que las poblaciones del Paraná se hallasen entre dos fuegos: el del Apostadero de Montevideo y el de las fuerzas guaraníes.

Durante esa breve presencia en Rosario, ni el coronel Belgrano ni el vecindario sospechaban que seis meses más tarde conjugarían esfuerzos para levantar, de nuevo baterías, y que juntos verían confundirse con el cielo los colores del nuevo emblema de la patria.

Los negociadores acababan de seguir viaje hacia el Paraguay, cuando el 25

de agosto otra vez se presentaron los buques de Montevideo. En esta ocasión fueron catorce los que anclaron frente al pueblito, reclamando la entrega de reses y pan fresco, bajo pena de convertir las casas en ceniza. No hubo otro remedio que entregar lo que reclamaban por la fuerza.

### **BELGRANO NOMBRADO COMANDANTE DEL EJÉRCITO DEL NORTE**

Los últimos meses del año estuvieron signados por la preocupación de una ofensiva fluvial española. Ello hizo que el Triunvirato que sustituyó a la Junta en el gobierno, escuchase el pedido de las autoridades santafesinas y oyese los cada vez más insistentes reclamos de los rosarinos, al disponer la construcción de una batería artillada con piezas de grueso calibre. El objetivo era interceptar el paso de las naves realistas y proteger las embarcaciones concentradas en Rosario, Santa Fe y la Bajada. El teniente de gobernador Manuel Ruiz, había escrito:

Sería muy conveniente construir una batería de grueso calibre en la

Capilla del Rosario, sostenida por la infantería competente, sin perjuicio de tren volante, suficiente para contener cualquier desembarco que pudieran pretender<sup>6</sup>.

Decidido el gobierno a obrar en consecuencia, dispuso que Manuel Belgrano marchase a Rosario al frente del 1º de Infantería, y del Batallón de Castas, con el fin de levantar esa fortificación y guarnecerla, para luego continuar la marcha y asumir el mando del Ejército del Norte. La orden, de fecha 13 de enero de 1812, tenía carácter de urgente y el abnegado coronel la cumplió sin vacilar, como había obedecido meses antes la resolución de ponerse al frente de los Patricios, a pesar del vejatorio juicio al que se lo había sometido por la derrota sufrida en el Paraguay. Su regimiento estaba en esqueleto, a raíz de las severas medidas adoptadas después del Motín de las Trenzas, y si bien particularmente consideraba necesaria su disolución, aceptó la orden y se entregó a la tarea de alistarlos para el combate. Cabe consignar que, en señal de castigo, la unidad perdió su lugar como primera del Ejército para pasar al quinto.

### EN MARCHA HACIA ROSARIO

El 24 de enero de 1812, a las 5 y media de la tarde, partieron las tropas desde Buenos Aires, con intenso calor y a pleno sol. Belgrano tomó el camino de las postas e impuso a sus efectivos un rígido orden de marcha. El 6 de febrero llegó a las inmediaciones del arroyo Pavón, donde acampó. Allí lo sorprendió, según consignó en su Diario de Marcha, “un grande huracán que nos echó por tierra algunas tiendas”<sup>7</sup> y lo azotó una fuerte lluvia que sólo cesó a las doce de la mañana, cuando cambió el tiempo, dando lugar a que se orea sen las ropas. Cruzaron dicho curso de agua a las tres de la tarde, y a las 9 de la noche acamparon en Arroyo Seco. Tras un breve descanso, los soldados se pusieron de nuevo en camino. Narra Belgrano:

A la una y media de la mañana se tocó generala y marchamos por caminos y campos muy llanos, sin dificultad alguna, y con poco trabajo que se hizo en la barranca de salida de una cañada que han formado las aguas de lluvia, y llaman Saladillo, pasaron muy bien las carretas, y hallándonos a distancia del Rosario de cerca de una legua se formó la tropa, sacaron las banderas, y con todo orden seguimos hasta este pueblo, cuyo comandante capitán Moreno y el alcalde con otros vecinos salieron a recibimos y ofrecérsenos.

Llegados a la Plaza Mayor se formó en batalla, y habiéndose depositado las banderas en la casa que me estaba preparada, marchó la tropa al campamento que ya estaba señalado por el

capitán Álvarez en una buena situación cerca del río, y bajo unos árboles que favorecen mucho por la estación en que nos hallamos.

El pueblo no tiene casas ni galpones para colocar la gente; se ha encontrado uno a propósito para parque de las municiones que traemos, y almacén de los vestuarios y demás útiles del Regimiento.

Al día siguiente, el pampero derribó las tiendas de campaña y arrasó al río ropas y vestuarios. En oficio al gobierno subrayó Belgrano que las carpas “son malas para el calor, para el agua y para el frío”<sup>8</sup>, y agregó en otra nota que era su propósito sustituidas por barracones, en caso de que se destinase guarnición permanente. Estaba preocupado por las desertiones y lo



(6) Álvarez, op.cit., p. 200.

(7) Diario de la marcha del coronel Belgrano a Rosario (24 de enero a 7 de febrero de 1812), Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1971, p. 14.

(8) Álvarez, op. cit., p. 201.



atormentaban las dudas sobre la eficacia y combatividad de sus tropas. Pero halló en los rosarinos el estímulo que necesitaba, y los trabajos de construcción de las baterías cobraron acelerado ritmo, mientras llegaban como refuerzo los Dragones de la Patria y los Granaderos de Fernando VII.

### CARACTERÍSTICAS DE LAS BATERÍAS

Con la eficaz dirección del capitán de artillería José Rueda, las obras progresaban satisfactoriamente. No se trataba de fortificaciones improvisadas, sino de todo un sistema defensivo debidamente planeado.

Se hallaban en plena tarea cuando llegó la noticia de que una flotilla enemiga remontaba el Paraná con el fin de destruir las baterías y atacar después La Bajada.

Juan Álvarez describe con precisos trazos tan cruciales momentos:

Aquella Capilla adormilada del tiempo de los virreyes, desapareció; unos a trabajar en la obra; otros, a correr la costa; otros más, a esperar con caballo ensillado al chasqui del sur que adelantará la noticia de estar las temibles velas enemigas a la vista de San Pedro; el resto, a seguir adiestrándose en el manejo de sables, fusiles o lanzas. Tampoco falta quehacer a las mujeres, dedicadas a la fabricación de pan para el ejército y cuidado de la ropa de los oficiales<sup>9</sup>.

Se construyó también una batería en la isla, para dominar con sus fuegos cruzados el río en continua creciente, y en la costa se colocaron cañones sobre la barranca y en el bajo, para obtener tiros rasantes.

El 14 de febrero regresó a la Capilla, desde Buenos Aires, el teniente coronel Monasterio –a quien Bartolomé Mitre denominó “el Arquímedes de la

Revolución”<sup>10</sup>– con ocho carpinteros, refuerzo inapreciable que permitió un rápido progreso en la obra, y el 26 de ese mes Belgrano puede escribir al gobierno:

Con la actividad, celo, eficacia y conocimiento del teniente coronel don Ángel Monasterio, caminan los principales trabajos de las baterías a su conclusión; ya esta tarde se ha pasado un cañón a la batería de la Independencia, es la de la isla, y pienso poder decir mañana a V.E. que quedan los tres colocados, con su dotación, municiones y guarnición.

En cuanto a la batería Libertad, iba camino de ser terminada. Desde el 11, la mayoría de los cañones de su parte alta se hallaban emplazados, y para el 26, si bien no estaba lista del todo, la fortificación podía ser empleada para enfrentar al enemigo.

(9) *Ibidem.*, p. 203.

(10) *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, tomo II, Buenos Aires, Buenos Aires, Biblioteca del Suboficial, 1942, p. 27.

## “Y LA AMÉRICA DEL SUR SERÁ EL TEMPLO DE LA INDEPENDENCIA Y LA LIBERTAD...”

Decidido a retemplar el ánimo de sus tropas y del vecindario, Belgrano se dirigió al gobierno el 13 de febrero, solicitando un emblema que los distinguiese de los realistas:

Parece que es llegado el caso de que V.E. se sirva declarar la escarapela nacional que debemos usar para que no se equivoque con la de nuestros enemigos, y que no haya ocasiones que puedan sernos de perjuicio; y como por otra parte observo que hay cuerpos del ejército que la llevan diferente, de modo que casi sea una señal de división, cuyas sombras, si es posible, deben alejarse, como V.E. sabe, me tomo la libertad de exigir a V.E. la declaratoria que antes expuse<sup>11</sup>.

El Triunvirato comprendió la gravedad del asunto y aprobó el proyecto el 18, ordenando que todo el ejército usase la divisa.

Sin embargo, Belgrano no se conformó con lo obtenido. El 26 de febrero se dirigió al gobierno con tono decidido, de un modo, puede decirse, que no arroja dudas acerca de su convicción de proclamar lisa y llanamente el objetivo emancipador de Mayo:

Las banderas de nuestros enemigos son las que hasta ahora hemos usado; pero ya que V.E. ha determinado la escarapela nacional con que nos distinguiremos de ellos y de todas las naciones, me atrevo a decir a V.E. que también se distinguieran aquéllas, y que en estas baterías no se viese tremolar sino las que V.E. designe. Abajo, señor excelentísimo esas señales exteriores, que para nada nos han servido y con que parece que aún no hemos roto las cadenas de la esclavitud<sup>12</sup>.

Sin esperar respuesta, al día siguiente, a las seis y media de la tarde, enarboló el pabellón blanco y celeste en la Libertad, cuando el sol comenzaba a declinar sobre la barranca y el río. De ese modo, la modesta Capilla del Rosario fue testigo de uno de los acontecimientos más importantes de la historia argentina: el nacimiento del emblema que nos distingue de los demás pueblos de la Tierra, y que durante la epopeya de la independencia americana se convirtió en símbolo de libertad y redención. No sólo flameó en Chile, Perú y Ecuador, sino que tremoló por todos los mares del mundo al tope de los mástiles de las naves corsarias de bandera argentina que combatieron contra Fernando VII.

Belgrano, lleno de fervor, arengó, a soldados, milicianos y vecinos, con palabras dignas del mármol y el bronce que le ha consagrado la posteridad:

Soldados de la patria: en este punto hemos tenido la gloria de vestir la escarapela nacional que ha designado nuestro excelentísimo gobierno; en aquel, la batería de la Independencia, nuestras armas aumentarán las suyas. Juremos vencer a los enemigos interiores y exteriores, y la América del Sur será el templo de la independencia y de la libertad. En fe de lo que así lo juráis, decid conmigo ¡Viva la patria!<sup>13</sup>.

Seguidamente mandó al capitán y tropa destinados a la batería de la isla, que se posesionasen de ella y cumpliesen el juramento que acababan de prestar. En el río, cinco buques anclados, a la espera de que soprase viento favorable para transportar a Santa Fe a los granaderos de Terrada, completaban tan conmovedora escena.

De inmediato, Belgrano ofició al gobierno:

Siendo preciso enarbolar bande-

ra, y no teniéndola, la mandé hacer blanca y celeste conforme los colores de la escarapela nacional: espero que sea de la aprobación de V.E.<sup>14</sup>

No lo fue, y el Triunvirato le envió el 3 de marzo una enérgica reprimenda en la que se le ordenaba hacer “pasar por un rasgo de entusiasmo el suceso de la bandera blanca y celeste enarbolada, ocultándola disimuladamente y subrogándola con la que se le envía, que es la que hasta ahora se usa en esta fortaleza, y que hace el centro del Estado”.

## EL ENIGMA DE LA DISPOSICIÓN DE LOS COLORES

No se sabe exactamente cuál fue la distribución de los colores de la primera enseña. Se ha escrito mucho a este respecto; existen diversas teorías, todas dignas de respeto, pero ninguna que aclare definitivamente la incógnita. La enunciación de los argumentos de cada una, excede los límites de esta nota. Hay quienes afirman que la bandera enarbolada en Rosario fue blanca, celeste y blanca, con franjas distribuidas en forma horizontal, como la hallada en Macha, y que el pabellón enviado por el gobierno para que la sustituyese, fue celeste, blanco y celeste -conforme con nuestra enseña actual-, es decir con los colores de la banda de la Orden de Carlos III. Otros señalan que fue celeste y blanca, en dos paños colocados verticalmente, y algunos sostienen que fue confeccionada en dos franjas horizontales, una celeste y la otra blanca. Por fin, hay quienes aseguran que la bandera que flameó en Rosario tuvo los mismos colores y distribución que la actual.

Parece lo más congruente atenerse tanto a la circular enviada por el Triunvirato a los gobiernos de las provincias y jefes militares con respecto a la escarapela nacional, “de dos colores, blanco y azul celeste” (20 de febrero de 1812),

(11) Ibidem, p. 28.

(12) Ibidem.

(13) Ibidem, p. 29.

(14) Ibidem.



o al texto de la comunicación de Belgrano, siempre estricto en su costumbre de expresarse con precisión y claridad: “la mandé hacer blanca y celeste”. Es decir, de dos franjas. La prelación de los colores sería el blanco, pues, según dice Augusto Fernández Díaz, con referencia a la escarapela, quienes “la inventaron” “si dijeron blanco primero fue para adjudicarle el primer lugar en la forma imaginada, o mayor tela de ese color”.

Como sea, lo importante fue el gesto del prócer de levantar un nuevo emblema que distinguiese a las huestes patriotas de las realistas, y expresase el propósito de alcanzar la independencia<sup>15</sup>. Así lo entendió el Triunvirato, quien, obstinado en sostener la “máscara de Fernando VII” o “de la monarquía”, es decir, en ocultar el propósito de emancipación que guiaba a la mayoría, expresó en la citada nota a Belgrano:

Las demostraciones con que V.S. inflamó a la tropa de su mando, esto es, enarbolando la bandera celeste y blanca como indicante de que debe ser nuestra divisa sucesiva, las cree este gobierno de una influencia capaz de destruir los

fundamentos con que se justifican nuestras operaciones y protestas, que hemos sancionado con tanta repetición y que en nuestras comunicaciones exteriores constituyen las principales máximas políticas que hemos adoptado<sup>16</sup>.

El 2 de marzo de 1812, el coronel Belgrano se marchó de Rosario hacia el Norte, sin que el oficio del gobierno hubiese llegado a sus manos. Esa fue la razón por la cual mandó bendecir la bandera en Jujuy el 25 de mayo de ese año, circunstancia en que recibió una nueva y enérgica reprobación del gobierno. Subraya Mitre: “Sorprendido y lastimado a un mismo tiempo, el general contestó disculpándose con dignidad; pero persistió tenazmente en sostener sus ideas de independencia”:

La bandera la he recogido y la desharé para que no haya ni memoria de ella, y se harán las banderas del regimiento número 6 [sin duda las reglamentarias de las unidades, como la “coronela”] sin necesidad de que su falta se note por persona alguna; pues si acaso me preguntan por ella responderé que se reserva para el día de una gran victoria por el ejército, y como este está

lejos, todos la habrán olvidado y se contentarán con la que les presenten. En esta parte V.E. tendrá su sistema; pero diré también con verdad, que como hasta los indios sufren por Fernando VII, y los hacen sufrir con los mismos aparatos que nosotros proclamamos la libertad, ni gustan oír el nombre del rey, ni se complacen con las mismas insignias con que los tiranizan<sup>17</sup>.

Pero el día del triunfo no estaba lejano, y el 24 de septiembre de 1812, las fuerzas patriotas derrotaron completamente a las huestes realistas en la batalla de Tucumán. El 31 de enero de 1813, la Asamblea General Constituyente autorizó a Belgrano a enarbolar su enseña como emblema del Ejército del Norte, pero no del Estado. Sería jurada por las tropas el 13 de febrero de 1813 en el río Pasaje, que pasó a ser conocido también con el nombre de Juramento; flamearía en la batalla de Salta, el 20 de febrero de ese mes y año, y finalmente sería proclamada como símbolo de las Provincias Unidas del Río de la Plata por el Congreso de Tucumán, el 20 de julio de 1816, en su versión de tres franjas, celeste, blanca y celeste.

(15) Un completo estudio acerca del tema lo ofrece el libro de Adolfo Mario Golman, *Enigmas sobre las primeras banderas argentinas*. Una propuesta integradora, Buenos Aires, Editorial de los Cuatro Vientos, 2007.

(16) Mitre, op. cit., p. 30.

(17) *Ibidem.*, p. 48.